



## RESEÑAS

**A propósito de Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, 368 p.**

A mediados de mayo de 1945, mientras soviéticos, franceses, ingleses y estadounidenses terminaban de ocupar y repartirse Berlín, en el teatro Español del poblado de General Roca, Territorio Nacional de Río Negro, se realizó una cena baile para celebrar la caída de Hitler y “el advenimiento de la paz y la victoria de las naciones unidas” según rezaba el diario local. La misma crónica avisaba a los que no pudieron asistir que a “las 24 hs. la orquesta ejecutó el himno nacional y posteriormente la Marsellesa, que motivó una calurosa ovación”. ¿Cuáles eran los sentidos detrás de esa celebración?, ¿qué vinculaciones establecían esos sujetos entre el advenimiento de la paz en Europa y la situación nacional? Ese tipo de preguntas son las que el libro de Andrés Bisso atiende, aportando numerosas aclaraciones a la comprensión de esta y otras prácticas movilizadoras desplegadas por los miembros del más importante grupo aliadófilo y antifascista del período, Acción Argentina. La intención explícita de Bisso es analizar las causas que posibilitaron el surgimiento de las apelaciones antifascistas liberal-socialistas que eran capaces de demostrar que defender al país de la amenaza nazi-fascista “tenía un correlato directo con la lucha por el control del poder político y podía —por ende— convertirse en una herramienta eficaz de movilización social” (p. 22).

La ventaja crucial del libro de Bisso por sobre los aportes anteriores al tema es que parece ser el primero que se dedica a analizar a Acción Argentina por fuera de las coordenadas ideológicas sobre las que ésta se desarrolló, tanto a favor como en contra. En este sentido, su trabajo es inaugural, en tanto se aleja

de la “mirada nativa”. De allí el esfuerzo permanente realizado por el autor por eliminar toda percepción de identificación o rechazo sobre Acción Argentina, sus intenciones, sus discursos y sus cambios políticos. Eso implicó dejar de lado dos pertinaces leyendas sobre el antifascismo argentino. La primera, la leyenda rosa, fue creada por miembros de Acción Argentina e insistía en el carácter idealista, altruista y prestigioso de esta agrupación y de quienes en ella militaron (lo cual constituía una visión invertida de lo que era la “manipulación” peronista de las masas). En ese relato se destacan sobre todo la carencia de mezquindades políticas y los denodados esfuerzos realizados para evitar la penetración nazi en el país. Esta mirada oscurece la percepción de los intereses políticos menos épicos que siguieron los hombres y mujeres de Acción Argentina y “sobre todo, impide notar las variaciones y diferencias que, a lo largo del tiempo y el espacio, informaban la acción de los diferentes movimientos, autodefinidos como *antifascistas*” (p. 29). La segunda leyenda, la negra, fue promovida por el revisionismo más radicalizado e insistía en que no existió un antifascismo auténtico dado que no existió tampoco fascismo auténtico en Argentina. En esa mirada, Acción Argentina encubría otros propósitos o era vista como una proto-Unión Democrática, anglófila y oligárquica. El autor deja expuesta con largueza la necesidad de evitar cualquier definición esencialista del antifascismo y de estudiar a los discursos y las diversas formas de ser antifascista que circulaban por entonces, algunas enfrentadas entre sí. Un ejemplo a colación de esta idea: un aporte muy significativo proviene de señalar algunos casos de miembros de Acción Argentina que pasaron a formar parte del gobierno instaurado en junio de 1943 (como Juan Cooke, ministro de Interior) e incluso del peronismo (como su hijo John William).

Ello permite romper con la idea de que había una única manera de ser antifascista (la línea Acción Argentina-Unión Democrática-antiperonismo) y complejiza enormemente la percepción sobre la política de la época.

El libro está dividido en dos partes. La primera de ellas se dedica a la historia de la agrupación entre 1940 y 1946, o sea, el tiempo que media entre su creación tras la ocupación de París y su encolumnamiento en la oposición a la candidatura presidencial de Perón. Los cinco capítulos que componen esta mitad permiten conocer con bastante detalle las prácticas movilizatorias y asociativas desarrolladas por Acción Argentina, los discursos sostenidos y las actividades encaradas a lo largo y ancho del país como parte de las campañas permanentes de concientización sobre los riesgos de la “penetración totalitaria”. Los lectores aprovecharían mejor el libro de contar con una mención más detallada de la penetración real del nazismo en Argentina —penetración menos coherente, relevante y peligrosa de lo que Acción Argentina divulgaba por los periódicos—. El autor procura mostrar simultáneamente los límites de la inclusión y la exclusión de Acción Argentina. Así, podemos apreciar cómo el Partido Socialista sistemáticamente pujó porque quedaran fuera de la agrupación los comunistas, de manera tal de quedar como los únicos representantes legítimos de izquierda en el posible Frente Popular al que imaginaban que conducía la prédica “argentinista”.

Bisso logra mostrar a lo largo de su libro que el antifascismo era mucho más que negatividad y que logró incorporar propuestas y lecturas políticas de una manera creativa y, en muchos casos, duradera. Socialistas, radicales y liberales insistían en aquellos puntos que los unían: creyeron encontrar ese míni-

mo común denominador en la tradición liberal y democrática argentina. De allí el esfuerzo llevado adelante por la dirigencia de Acción Argentina por compatibilizar su novedosa prédica anti-fraude con la prestigiosa interpretación cívico-liberal de la historia nacional. El recurso a esta tradición no sólo le “conferiría al movimiento antifascista un anclaje en los orígenes patrios, haciéndolo partícipe de sus figuras y creencias” (p. 58) sino que le permitía competir con otros grupos por mostrarse como verdaderos “nacionalistas”. En esa competencia con grupos autodenominados nacionalistas—muchos de los cuales tenían financiación de la embajada alemana en Buenos Aires— Acción Argentina intentaba mostrar un celo patriótico muy intenso que desmintiera la acusación de los primeros de que eran un mero vehículo de los intereses británicos en el país (de allí el irónico nombre de *Argentine Action* que recibían). Bisso destaca muy claramente el carácter bifronte de la apelación antifascista: simultáneamente mira al pasado a través de la tradición liberal y al futuro, imaginando una refundación del país por vías democráticas, alejadas de toda amenaza de penetración nazifascista. De allí que la exaltación de la Constitución y del ciudadano responsable e ilustrado fuera simultáneamente una necesidad política, pero también de la defensa nacional.

Acción Argentina era un espacio pluri-partidista, pero simultáneamente apartidario, en cuya dirección se encaramaron algunas de las figuras más destacadas de la política argentina. Precisamente, uno de los aspectos más interesantes desarrollados en el libro tiene que ver con el análisis del perfil social de la dirigencia, perfil de evidente aire notable. Especialmente el capítulo que Bisso dedica a analizar el Cabildo Abierto de mayo de 1941 permite ver de una manera asaz creativa la relación entre una dirigencia prestigiosa y las expresiones de los representan-

tes de filiales de todo el país, deseosas de forzar el guión pre-establecido. El notabiliarismo era un modelo cultural que, “a pesar de su carácter restrictivo, resultaba lo suficientemente representativo para movilizar a un numeroso grupo de personas, en torno a ciertos valores civilizatorios, que se consideraba necesario defender y promover” (p. 211). Pero junto con el predominio de los prestigiosos en la cúpula, encontramos ejercicios muy difundidos a nivel social y territorial de movilización social, que indicaban el surgimiento de una política verdaderamente de masas (combinada, no opuesta a la de notables). El péndulo de Acción Argentina giraba, dice Bisso, de la espontaneidad del “pueblo” al prestigio de los “doctores”, de concebirse popular a pensarse refinada, de la manipulación a la espontaneidad.

La segunda mitad del volumen se concentra en la prédica de la agrupación y las apropiaciones originales e imprevistas que de ella se produjeron. Como muestra con solvencia Bisso, el discurso antifascista se caracterizó por la maleabilidad con la que fue asimilado en diversos contextos locales, en apariencia alejada de los intereses más directos de Acción Argentina. El discurso antinazi fue sometido a un constante proceso de ampliación y de alteración por parte de los adherentes ubicados en distintos puntos del país, incluyendo aquellos ubicados en Territorios Nacionales, y por lo tanto carentes de representación electoral. La estrategia promovida por la cúpula de la agrupación, pero retroalimentada también por las dirigencias locales apuntaba a relacionar la prédica antinazi fundacional con otros temas de mayor interés y vinculación en esas regiones, como la ampliación del derecho a voto, la inversión en infraestructura y el desarrollo económico. Al igual que los nacionalistas antiliberales, los nacionalistas de Acción Argentina entendían que era en los Territorios Nacionales

donde había mayor riesgo de una invasión extranjera (especialmente en Misiones), ya que la falta de derechos cívicos y la alta presencia de foráneos habían debilitado la fidelidad a la patria.

El capítulo VII se interroga por la existencia de una “banalidad del bien”, con lo cual el autor pretende demostrar que “más allá de la pretensión originaria de definir al antifascismo como el motor de una decisiva y trascendental lucha del Bien frente a la barbarie nazifascista, las particulares formas en que fue expresado y practicado por Acción Argentina y recreado por los individuos ante los que ella apelaba abrían la posibilidad de usos novedosos, quizás más banales y más alejados de la visión heroica que ideológicamente dicha prédica suponía, pero igualmente atentos a la creación de vínculos sociales y políticos entre las personas” (p. 274). Un examen detallado del accionar de la agrupación en el interior de la provincia de Buenos Aires testimonia la múltiple recepción de las actividades de propaganda y movilización de Acción Argentina, que permitían desarrollar aspectos de la sociabilidad “que suponían un uso menos previsible de la prédica antifascista argentina” (p. 274), como los festivales de motos o danzantes. La flexibilidad de la convocatoria antifascista le permitía atraer a un amplio sector de las sociedades locales y a su vez le aseguraba una permanente resignificación inclusiva de nuevas demandas e identificaciones. Esa flexibilidad es la que ayuda a entender que las filiales locales se multiplicaron como hongos en pocos meses. Tratándose de ámbitos reputados como prestigiosos, los profesionales tendían a coparlos para mostrarse como campeones del civismo. Por otro lado, los partidos políticos “democráticos” apuntalaban el crecimiento de Acción Argentina, que funcionaba como un oasis partidario en el contexto de fraude o de dictadura militar.

La mirada en esta segunda mitad del libro se concentra en la *gente corriente* que componía Acción Argentina, que participaban de múltiples formas de movilización, que les permitían acercarse a los preeminentes dirigentes de la agrupación. Aquellos que venían reseñados en la prensa como encargados de dar los vítores y aplausos, participaban de múltiples actividades, ámbitos de sociabilidad y comparaban elementos identitarios.

Las conclusiones del libro se concentran en el episodio final en la vida de Acción Argentina, cuando muta en una Unión Democrática derrotada por el coronel Perón en febrero de 1946 en lo que creía que era su mejor juego: elecciones limpias. Las razones del descalabro electoral Bisso cree encontrarlas en la dificultad del antifascismo argentino para traducir en apoyo en las urnas la representatividad social acumulada durante más de un lustro. En momentos en los que el fraude campeaba, Acción Argentina aparecía como un espacio “democrático” y “apartidario” de expresión de intereses ciudadanos, pero una vez que se restableció un sistema electoral con todas las de la ley, el discurso antifascista parece haber perdido atractivo. La Unión Democrática no logró convencer al grueso de la población de que los principios de la justicia social “sólo eran posibles y legítimos bajo la condición de la democracia formal e institucional por cuya restauración tanto se había luchado en las épocas del fraude y la dictadura militar” (p. 314). Los parámetros fundacionales usados ya desde el alzamiento de Franco en julio de 1936 se convirtieron en “un espejismo” de una serie de polarizaciones que el final de la guerra había revelado caducos. El permanente e intenso uso de la prédica antifascista la había sometido a un desgaste que no fue percibido por los “demócratas”, que confiaron en que sería capaz de vencer a quien veían como la encarnación del peligro nazifascista en Argentina, el coronel de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social. El grueso de la sociedad argentina, Perón incluido, entendió más rápido y mejor que Acción Argentina que la guerra había terminado y que desde entonces la política transitaría bajo otras coordenadas. Un triunfo a lo Pirro, por el contrario, parece descubrirse en la construcción y

difusión por décadas de ciertas imágenes históricas motorizadas por Acción Argentina (como la de “Perón nazi”) a las que el muy buen libro de Andrés Bisso viene a impugnar con solidez de trabajo de archivo y apertura intelectual.

**Ernesto Bohoslavsky**  
UNGS

*A propósito de Daniel Campione, El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos, Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, 2005, 176 pp.*

Casi una década atrás, llamábamos la atención —con intención a la vez crítica y programática— sobre la notoria escasez de trabajos historiográficos de corte académico acerca de la trayectoria de las organizaciones políticas de la izquierda argentina, escasez extensible también a las producciones de origen partidario. Allí sugeríamos posibles explicaciones de tal borradura, esbozábamos una tipología de la literatura entonces disponible, y algunos apuntes metodológicos orientadores para encarar una tarea productiva de estudio de tales organizaciones.<sup>1</sup> El fenómeno aparecía bien ejemplificado en el caso de una de las más importantes, el Partido Comunista, al que dedicamos, poco después, la elaboración de un estado de la cuestión.<sup>2</sup> Desde entonces, indudablemente el panorama se ha modificado y enriquecido, aunque, a mi juicio, sólo parcialmente. La mayor disponibilidad de acceso a documentación, la aparición de algunos valiosos estudios y la elaboración en curso de otros, conviven con la perduración de numerosos (y cruciales) vacíos temáticos y de falencias metodológicas, y, sobre todo, con la ausencia de un verdadero *programa* interdisciplinario de estudios sobre las izquierdas argentinas

1 Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus, “Para una historia de la izquierda en la Argentina. Reflexiones preliminares”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Buenos Aires, Nº 6/7, otoño-invierno de 1997, pp. 28-35.

2 Id. “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina: un estado de la cuestión”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Buenos Aires, Nº 8, otoño-invierno de 1998, pp. 31-40

(algo por cierto diferente de la sumatoria de contribuciones individuales, a menudo puntuales y sin mayor conexión entre sí, y ello con independencia de su, por otra parte, desigual valor). Esto impide, creo, compartir los diagnósticos prematuramente optimistas que algunos investigadores han vertido recientemente, acerca de la consolidación de un campo de estudios sobre la izquierda argentina.<sup>3</sup>

En este contexto rápidamente delineado, entre las novedades de la última década debe apuntarse, sin dudas, una cierta revitalización de los trabajos producidos por los propios militantes partidarios, como es el caso del libro de Daniel Campione sobre los orígenes del PCA que aquí nos ocupa, que viene a sumarse a otros aportes, tanto propios como de otros camaradas del autor.<sup>4</sup> No parece arbitrario señalar que la condición de posibilidad de tales (auto)exámenes puede anclarse en por lo menos dos procesos, casi simultáneos: la fuerte revisión de la línea política partidaria precipitada en el XVI Congreso del PCA (1986), con su estela de debates, rupturas y alejamientos, y la crisis y disolución de los “socialismos reales” a fines de esa década y comienzos de la siguiente, que estimularon una reevaluación de algunas certezas que hasta entonces parecían incommovibles en las izquierdas. Evidentemente, hoy queda poco espacio para una escritura acerca de la trayectoria partidaria del PCA, generada desde su propio seno, que se rija por la soberbia, la autorreferencialidad y las tergiversaciones y omisiones alevosas que caracterizan a un texto fundacional de la “historia oficial” de esta fuerza política, el célebre **Esbozo de Historia del Partido Comunista de la**

3 Cf., por ejemplo, Hernán Camarero, quien, en un balance no desprovisto de lagunas, afirma: “No es aventurado decirlo, asistimos a la consolidación de un nuevo campo de estudios sobre la izquierda argentina, y sobre el socialismo y el comunismo en particular”. “La izquierda como objeto historiográfico. Un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina”, en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, Buenos Aires, Nº 1, septiembre/octubre de 2005, p. 98.

4 Nos referimos, por ejemplo, a trabajos como el de José Schulman sobre los debates en el seno del comunismo en tiempos del surgimiento del peronismo, o los del propio Campione sobre los antecedentes de la política partidaria de “convergencia cívico-militar” durante la última dictadura, entre otros.